

El Centenario de Finlay [1833-1915]

*Prócer Sanitario y Benefactor
de la Raza*

*Por ARISTIDES A. MOLL
Redactor científico,
Oficina Sanitaria Panamericana*

En típica ciudad cubana, el viaje Puerto Príncipe, hoy Camagüey, nació hace 100 años Juan Carlos (1) Finlay Barres en un día inscrito con letras de oro en los anales de la medicina americana: el 3 de diciembre de 1833. En días realmente aciagos mecierase su cuna, pues del Oriente había llegado a Europa y América por aquellos mismos años, uno de los más fatídicos azotes de la humanidad: el cólera, sin que respetara a las Antillas más que a otras partes del Nuevo Mundo en su marcha asoladora. Sin embargo, el flagelo procedente del Ganges era ave exótica, mientras que los trópicos americanos de

viejo habían alimentado otra dolencia, igualmente temible, la fiebre amarilla, que país tras país y generación tras generación vieran devorar espacio y gente. Ya aceptemos la interpretación del mismo Finlay al efecto de que *él* mal existiera en América desde antes del Descubrimiento, o la corrección de Cáster que no lo deja remontar a más allá del siglo XVII, y con justicia poética lo considera corolario de la trata de negros (la viruela también fue introducida en México por un esclavo africano) el hecho es que cerníase sobre todos los países colombinos como una espada di Dámocles.

- (1) *Desde cierta edad la firma aparece siempre como Cario? Finlay, que cambia a Carlos J. Finlay cuando su hijo Carlos 'E., el actual Secretario de Sanidad y Benificencia de Cuba, comenza a ejercer la profesión.*

Vale la pena detenerse algo en la carrera, o sea la formación, de estos hombres que hacen época analizando el terreno en que nutrieran sus raíces. En la infancia de Finlay, una tía maestra venía ex-profeso de Edimburgo a inculcarle los primeros rudimen-

tos del saber; a los 11 años (1844) el pequeño era enviado al Havre, donde permanecía hasta 1846, en que una corea lo obligaba a retornar a su tierra natal, después de producir una premiosidad del habla que no abandonó a su víctima el resto de su vida. Para Europa volvía a estudiar en 1848, visitando a Inglaterra y Alemania y matriculándose en el Liceo de Ruán hasta 1851, en que otra dolencia, esta vez tifoidea, imponía nuevo regreso a Cuba. De allí partía para Filadelfia, donde, cursados los estudios de rigor, recibíase de médico en 1855 en el Jefferson Medical College, la famosa escuela del cirujano Sims, del opoterapeuta Brow-Séquard, y de los dos Mitchel, ambos maestros de Finlay: John **Kearsley**, de los primeros en sostener el origen microbiano de las enfermedades, y el hijo, S. Weir, el neurólogo y novelista.

Hombre de esos que pasan por la vida ejercitando sus sentidos y sus facultades, a Finlay no lo encontraron ni insensible ni indiferente los problemas de su época, como lo demuestra la bibliografía tan meritoriamente preparada por el Dr. Leroy y Cusá, en la cual pueden verse sus elucubraciones acerca del clima de Cuba, la aclimatación de los europeos, la transmisibilidad de la tuberculosis, y en fecha posterior sus estudios precursores relativos a la filaría, sus excursiones en la filología y en las matemáticas, sus disquisiciones sobre cosmogenia, y por fin, sus útiles consejos acerca de la profilaxia del tétano neonatal. Los empujes del cólera en 1865-68 habían mostrado su espíritu

abierto a las nuevas verdades al explicar la transmisión hídrica del mal y hablar de gérmenes preexistente ya en 1865.

En 1898, cuando la épica lucha por la independencia cubana llegaba a su apogeo, el anciano patriota, ávido por colaborar, brindaba sus servicios, y atendiendo a sus insistentes **súplicas**, a Santiago de Cuba era enviado **con** las tropas estadounidenses por su viejo amigo el Dr. Sternberg, Director por aquel entonces del Servicio de Sanidad Militar de los Estados Unidos.

Casi con su debut profesional, comienza la fase más interesante, quijotesca, cuasi-épica de **la** vida de Finlay. A todo el que **residía** por entonces en medio **tropical** americano, el vómito negro era una pesadilla que no podía olvidar, ni siquiera evitar. Un médico cualquiera se hubiera contentado con tratar **empíricamente** a sus enfermos lo mejor que pudiera, dando, como otros, la partida por casi perdida desde el principio ante el enigma que lo confrontara. Finlay era de otro temple. Hacia fines de 1858, es decir a los 25 años de edad y apenas salido del colegio, abordaba la investigación de la fiebre amarilla, y para ello poníase a estudiar la alcalinidad del aire con los resultados naturalmente poco satisfactorios que reflejan sus memorias de 1863, 1872, 1873 y 1879. En este último año llegaba a la tierra de Martí una comisión de los Estados Unidos encargada de investigar la causa de la temida plaga tropical, y uno de los primeros en ofrecer sus servicios y datos era, ya puede adivinarse, el facultativo cubano que desde hacía años

forcejaba con el mismo problema. La comisión- tuvo que darse por derrotada, mas fruto inesperado de sus esfuerzos y de su agudo análisis de las varias teorías reinantes quizás fuera el encarrilamiento de Finlay por otros rumbos. Además, contribuyó a orientar sus ideas desde 1830 hacia la intervención del mosquito, el haber leído en la botánica de van Tieghem el papel intermediario que desempeña el agraño en la transmisión de la *Puccinia graminis*, agente causante de la roya del trigo. Hasta qué punto habían madurado sus ideas puede verse por su declaración ante la Conferencia de Washington en 1881: "... tres condiciones son, en efecto, necesarias para que la fiebre amarilla se propague: 1. la existencia previa de un caso de fiebre amarilla, comprendido; dentro de ciertos límites de tiempo; 2, la presencia de un sujeto apto para contraer la enfermedad; 3, la presencia de un agente cuya existencia sea completamente independiente de la enfermedad y del enfermo, pero necesaria para transmitir la enfermedad del individuo enfermo al hombre sano." Es característico del autor la mesura y falta de

alarde con que proclamó sus convicciones. En 1882 asombraba con su acusación explícita contra el mosquito a la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, la cual colocaba el trabajo sobre la mesa sin discutirlo, quizás si por creerlo obra de un chiflado.

Tras un choque histórico, la suerte reservaba a otros el llevar a cabo mucho más tarde la comprobación definitiva, demostrándose entonces para siempre que las ideas de Finlay eran ciertas en su esencia; que sus experimentos, bellamente ideados, sólo fracasaron en detalle, que el insecto que señaló y cuyos huevos entregara para sus estudios a la comisión de 1900 eran los transmisores de la fiebre amarilla; que la labor antimosquito puesta magistralmente en efecto por el gran Gorgas fue por él esbozada y anticipada, y que Finlay fue el primero en señalar precisamente a un mosquito dado, de entre centenares de esos insectos, como vector de una enfermedad específica, convirtiéndose así en precursor en la magna concepción que complementó con el factor entomológico la doctrina bacteriana de Pasteur.

Es en verdad lamentable que Finlay, en gran parte por culpa del medio y de los tiempos, no pudiera llevar a su lógica terminación la empresa tan brillantemente acometida. Mucho, muchísimo de lo hecho después por otros ya lo había probado él desde el mismo principio, incluso picadas experimentales de mosquito tratando de transmitir la fiebre amarilla hasta en sí propio, y aun la seroterapia. Si no pudo dar cima a la empresa, cúlpese en gran parte a la falta de recursos, a un medio hostil a la investigación y a la novedad, y también a faltarle dos recursos preciosísimos con que contara la Comisión de 1900, aparte de la protección oficial: el conocimiento de la metaxinia (el curioso fenómeno descubierto por Abilaard en 1790 y ampliado por Küchenmeister en 1851 del cambio de huésped por los **parásitos**), y la doctrina (1898) de la incubación extrínseca del insigne Cárter (ya apuntado en 1839 en el África Occidental por Ferguson, y desatendida entonces, observación esta que nuestro biografiado, quizás por hallarse en un medio endémico, no pudiera hacer), recursos esos que redondeaban las observaciones de Finlay e indicaban cuál era el mejor momento para tomar la sangre de un enfermo, y para hacer picar a un mosquito con probabilidad de que resultara infeccioso.

Tan positivo se mostraba Finlay acerca de su doctrina, que trataba, más bien que de confundirla, de realizar inoculaciones preventivas, y para 1900 su serie ya sumaba 102 casos. Su fracaso experimental, por lo menos

en parte, procedió de su caballería, pues habiendo prometido a los sujetos de experimentación que las inoculaciones serían esencialmente inofensivas, no pudo determinarse a llevar a cabo experiencias más decisivas. Plenamente convencido de que la comisión de 1900 tenía por misión comprobar su teoría, entregó a sus miembros cuanta nota y dato tenía, y fue con los mosquitos procedentes de su propio laboratorio que pudo aquélla llevar a cabo sus experimentos, éstos, por azar de la suerte, fueron ejecutados en Los Quemados, la aldea donde Finlay efectuara sus estudios 20 años antes.

Hay hombres cuya desaparición recuerdan sus semejantes al año, los 5 años, los 10 años; otros aun conmemorados a los 50 años; un grupo selecto reclama centenarios, y bien pequeñísimo en verdad, el número que, trazando **estelas** luminosas en los cielos de la gloria, tienen milenarios. Poca duda cabe de que 10 siglos después del nacimiento de Finlay, todavía le rendirán pleito homenaje las razas de América, si conmemorar saben, junto con sus héroes, a sus **SJ-bios**, o sea a todos aquellos de sus hijos que más bien les hiñeran.

Su gloria radiosa, sin embarco, es inclusive, pues comprende por igual en sus detalles a sus precursores y continuadores, primero entre ellos el desinteresado Beuperthuy, eme, estudiando la lepra y su curación, falleciera en la Penitenciaría de Demerara; a Delgado, el colaborador ideal; a Reed, cuyo mérito sólo al de Finlay cede; a Lazear, que pagara con su vida por la estupenda vi-

toria; a Carroll, que también contrajera el mal; a Agramónte; y con ellos a Guiteras, el fiel discípulo; a Cáster, patriarca en la lucha contra las enfermedades transmitidas por mosquitos; Uti-guanssú, que sin saber de Finlay, expusiera opiniones semejantes poco después, y a todos aquéllos —legión benemérita del progreso— que tan bien supieron dar aplicación práctica a las doctrinas finlaístas: Gorgas, líder del saneamiento en gran escala; las dos lumbreras brasileñas, Ribas y Cruz; al veterano Liceaga, y a los muchos que aun persiguen incansables la campaña que un día libertará al mundo de uno de sus más horrendos azotes.

No hay profeta en su tierra, dice el refrán. Finlay lo fue en la suya, y los honores nacionales y extranjeros vinieron a ornar su, canas hasta su fallecimiento el 20 de agosto de 1915, y lo han seguido póstumamente: jefe de sanidad de su país; presidente de la Asociación Americana de Salud Pública; doctor *ad honorem* de dos facultades médicas de Filadelfia; oficial de la Legión de Honor; medallista Mary Kingsley de la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool; y el generoso y repetido tributo de las Repúblicas americanas, culminando en el voto aprobado por el IV Congreso Médico Panamericano en Dallas en 1933, declarando el natalicio de Finlay Día de la Medicina Americana.

Ya antes, la Sexta Conferencia Internacional Americana se había expresado así en la Habana

en febrero de 1928: "Que como un homenaje de admiración, se reconozca el descubrimiento realizado por el Dr. Carlos J. Finlay, de la Habana, sobre el medio de transmisión de la fiebre amarilla, y se proclame el mérito que le corresponde por ese genial descubrimiento; por haber sentado las bases para la profilaxis de la fiebre amarilla, y haber sido el primero en anunciar, apoyado en pruebas experimentales, la doctrina científica de la transmisión de enfermedades de hombre a hombre, a través de un agente intermediario."

Otra actuación de Finlay que no cabe olvidar es su activa participación en la primera Conferencia Sanitaria Panamericana, en Washington en 1902, y por ende en la creación de la Oficina Sanitaria Panamericana. La Oficina Sanitaria Panamericana, que más de una vez ha rendido tributo al distinguido investigador cubano, (2) se honra, pues, al aprovechar este aniversario para consignar su homenaje a uno de sus fundadores, eme es a la vez una de las más puras glorias de América y de la higiene, precursor en poner de relieve la importancia de los insectos como vectores de enfermedad, trazando así nuevos rumbos a la medicina tropical y contribuyendo poderosamente al adelanto de la sanidad y al bienestar de la humanidad.

Del Boletín Sanitario
Panamericano

2 Véase, por ejemplo, el BO-
LETÍN de agosto 1928, p. 991.